

La recepción de un catecismo después del Concilio Vaticano II. El Catecismo de la Iglesia Católica

*Joel Molinaro*¹

¿Cómo fue recibido el Catecismo de la Iglesia Católica por los agentes del movimiento catequístico? Ésta es la cuestión que se me ha pedido que trate. Antes de comenzar, tengo que decir que la tarea no es sencilla. Por una primera razón evidente que es que el Catecismo de la Iglesia Católica ha tenido una recepción muy débil en las publicaciones catequéticas especialmente en las francófonas. Ciertas revistas lo han ignorado totalmente. Hay una segunda razón, si la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica ha ocasionado debates en las revistas teológicas, o generalistas, como NRT, Communio, Concilium o Études, los profesores de catequética así como grandes teólogos se han expresado de manera negativa. Cito por ejemplo la toma de posición de Hans Küng en «Concilium» que provocó mucho ruido por su tono revolucionario: «... Este catecismo corresponde de hecho a la política de restauración del actual pontífice polaco, bajo el cual se da importancia al centralismo curial y a la manía romana de reglamentar-

¹ Profesor de Teología Catequética en el Instituto Superior de Pastoral Catequética de París. Director adjunto de la revista «Lumen Vitae».

lo todo, como no lo habíamos conocido desde los papas tradicionalistas como Pío X»².

La revista francesa «Catéchèse» no ha publicado ningún artículo sobre este tema en el período 1985-2003. La revista «Lumen Vitae» es un poco más explícita porque ha publicado dos artículos en 1993. Uno, a la vez mesurado y crítico de André Fossion, el otro claramente más entusiasta de André Knockaert. Por el contrario, algunos catequetas se han manifestado claramente: Raymond Brodeur, Jean Joncheray, Emilio Alberich en la revista «Concilium» en 1989 después del envío del proyecto de revisión del catecismo, y Gilbert Adler y René Marlé en «Études» respectivamente en 1987 y 1992. Dos puntos son destacables en sus críticas. El primero, está presente en todos los comentarios, ligados al problema de la inculturación. Emilio Alberich lo resume bien destacando el riesgo de contradicción entre los principios de evangelización expresados por Pablo VI y un lenguaje formal común para toda la Iglesia; «es muy difícil ofrecer bajo formas esclavizantes expresiones comunes de la fe sin comprometer de hecho la exigencia previamente expresada de formular el mensaje cristiano revestido de símbolos propios para cada pueblo»³. El reconocimiento de las culturas y de los lugares no puede convenir en el cuadro restringido de un lenguaje universal común para toda la Iglesia. Existe el riesgo de nivelar la catequesis por medio de fórmulas en detrimento de una promoción cualitativa de la actividad catequética. El segundo punto, subrayado por muchos, es el de no tomar en cuenta la evolución de la catequesis. Si este modelo descansa sobre los saberes que se deben aprender, no se ve el papel que puede tener el Catecismo de la Iglesia Católica en este cuadro. La historia nos enseña, explica Adler, que un solo libro no ha sido jamás satisfactorio para resolver los problemas catequéticos.

La legitimidad de estos dos puntos de vista sobre la catequesis no nos produce dudas. Pero ¿están bien adaptados al Catecismo de la Iglesia Católica?

² Concilium 247, 1993.

³ Emilio Alberich, «Le catéchisme universel, obstacle ou catalyseur dans le processus d'inculturation, Concilium, n° 247, 1994, pp. 97-106.

No estamos en un terreno fácil. ¿Cómo comprender esta mala recepción? A mi entender, hemos tenido un malentendido que yo querría aclarar desarrollando la hipótesis de trabajo siguiente: la mala recepción del catecismo de 1992 en el seno de movimiento catequético viene de la confusión entre el Catecismo de la Iglesia Católica y el modelo de catecismo que se impuso después del Concilio Vaticano I, caracterizado por una pedagogía intelectualista basada en el esquema preguntas-respuestas donde la fe se asimilaba a un «deber creer en sumisión a la Iglesia» como lo mostraba Elisabeth Germain⁴. Por consiguiente, es a mi entender, un contrasentido que descuida el hecho que el Catecismo de la Iglesia Católica se refiere a un modelo anterior de catecismo que está en torno al Concilio de Trento y que es muy diferente al modelo de catecismos que llegaron a ser la norma después del Vaticano I. Para comprender el Catecismo de la Iglesia Católica, es pues necesario mostrar los cambios de paradigmas catequéticos y teológicos que han precedido a su elaboración y a su edición. El Concilio Vaticano II servirá de clave hermenéutica para comprender el estatus del Catecismo de la Iglesia Católica que no puede ser confundido con la visión que el Santo Oficio tenía de un catecismo entre el Vaticano I y el Vaticano II.

EL CATECISMO Y LA MODERNIDAD

El catecismo nació con la modernidad. Lutero primeramente, el Concilio de Trento y Pío V posteriormente, crearon el género literario catecismo para paliar un déficit de inteligencia del misterio de Dios para creyentes comprometidos en el paso de una sociedad de tradición donde el individuo se confundía con su comunidad ciudadana y religiosa a una sociedad donde el individuo estaba provisto para responder personalmente de su fe cristiana. Nada que ver con el contexto contemporáneo marcado por un subjetivismo tal que el individuo tiende a construir él mismo su acto de fe. Se entra en una época donde el individuo cada vez menos puede vivir de la fe

⁴ Elisabeth Germain, *Jésus-Christ dans les catéchismes*, Desclée, 1986.

que ha recibido y debe responder personalmente a las formulaciones que la Iglesia le ha dado. Ya en el siglo XVI, la impregnación religiosa operada en la sociedad medieval no fue suficiente para estabilizar la identidad del creyente y esta evolución se va a acentuar en los siglos siguientes. Un «saber de la fe» debe exponerse a un individuo capaz de responder. Más moderno todavía que el de Lutero sobre este punto, el Catecismo del Concilio de Trento proponía sin ambigüedad un anuncio del Evangelio adaptado a cada clase de cristiano, como lo testimonia el pasaje siguiente:

Pero si en cualquier enseñanza, importa tomar tal o tal método, esta verdad encuentra su aplicación cuando se trata de instruir al pueblo cristiano. Es en efecto necesario tener en cuenta la edad, la inteligencia, los hábitos, las condiciones. El que enseña debe hacerse todo a todos para ganarlos a Jesucristo; debe mostrarse el mismo un ministro y formador seguro, y a ejemplo del servidor bueno y fiel, debe merecer estar establecido por nuestro Señor en funciones más importantes.

Sobre todo si imagina que solamente una clase de almas le está confiada, y que por consecuencia le es lícito enseñar y formar igualmente a todos los fieles en la verdadera piedad, con un solo método siempre el mismo. Que sepa bien que unos son en Jesucristo como niños nuevamente nacidos, otros como adolescentes, algunos en fin, en posesión de todas las fuerzas. Deberá pues aplicarse a reconocer y a distinguir los que tienen necesidad de leche de la doctrina, y los que piden una comida más fuerte. (pp. 11-12)

Sobre la base de una definición de la fe católica como verdad del Evangelio y asentimiento del hombre en Cristo, el catecismo del Concilio de Trento no se presentaba como un manual a aprender de memoria, sino como un cuadro de referencia teológicamente reflexionado destinado a guiar a los pastores en su tarea catequética.

Para los Padres del Concilio de Trento, como para Lutero y Calvino, el catecismo lleva a permitir la asunción intelectual de un misterio ya vivido

y celebrado, en el cual el sujeto ya ha sido iniciado. Como tal, esta enseñanza se integra en el sentido de un vasto conjunto de prácticas eclesiales instituidas que le desbordan y le preceden. La enseñanza catequística está destinada a colmar un déficit de inteligencia de la fe, pero no sustituye de ningún modo a la impregnación eclesial de la fe. El orar en familia, la liturgia dominical, la moral social, la forma cultural del cristianismo, todo esto supone trabajo de aprendizaje que se realiza en el catecismo. De otra forma decimos que el desarrollo propiamente catequético es el «*intellectus fidei*» en el cuadro de un crisol sociológico, cultural y litúrgico cristiano, lo que Joseph Colomb llamaba el «catecumenado social». Si se olvida esto, no se puede entender la continuación de la historia que se desarrolla a partir del momento en el que la enseñanza del catecismo se desprende progresivamente de su contexto eclesial mientras que la preocupación por el aprendizaje de nociones se hipertrofia en un contexto nuevo, el de las luces, el deísmo y la secularización de la sociedad.

APRENDER EL TEXTO DEL CATECISMO COMO FINALIDAD

El modelo que representa el Catecismo Romano o catecismo del Concilio de Trento se diversifica primera e insensiblemente a medida que aparecen diferentes catecismos diocesanos. Frente a catecismos bíblicos o pastorales, como los de Bossuet y el abad Fleury, se presentaron catecismos conceptuales y polémicos (Belarmino el primero, el de Harlay, de Languet en los siglos XVII y XVIII) donde la historia de la salvación era inexistente y el catequizado totalmente ausente. Por un movimiento lento y profundo, los catecismos de la segunda categoría van a ocupar completamente el lugar en razón de un doble desplazamiento pedagógico y teológico.

Pedagógicamente, llega a ser evidente en la Iglesia Católica para una gran mayoría de obispos y de sacerdotes que el catecismo representa un resumen suficiente de la verdadera doctrina de la Iglesia y que la memorización de esta doctrina por medio de preguntas y respuestas corresponde al paso de la ignorancia, símbolo de la alienación de la fe, a un saber dogmas como el más seguro medio de responder a la laicización progresiva

de la sociedad moderna. Es esta evolución la que consagra la adopción por los padres del Concilio Vaticano I de un texto preconizando la redacción de un catecismo universal para los niños traducido lo más literalmente posible a fin de no arriesgar en ambigüedades en la formulación de dogmas, como lo exponía G. Hauser, autor del esquema del Concilio Vaticano I:

[...] a su entender la uniformidad general sería muy útil. Para los jóvenes y para la mayor parte de los fieles poco instruidos, el catecismo es un libro simbólico que contiene toda la doctrina para la salvación eterna, es el libro sagrado⁵ que les expone los dogmas de la fe, los preceptos de la fe y las fórmulas por las cuales expresan los actos de fe, de esperanza y de caridad. Desde entonces conviene que, como son idénticas las verdades dogmáticas expuestas en los catecismos, así sean idénticas las fórmulas que las expresan⁶(...)

Es necesario que este pequeño libro esté no solamente a la disposición de los sacerdotes sino también entre las manos de todos los fieles y sea grabado fácilmente en su memoria, siendo como un signo de reconocimiento y una garantía de la santidad eterna prometida a los que viven la fe...⁷

Se asiste a un endurecimiento pedagógico con una supervaloración del texto del catecismo en la pedagogía de la fe. Corresponde a una doble evolución teológica, que el teólogo Walter Kasper⁸ definió como un fenómeno de concentración observable desde el Concilio de Trento. Primeramente, el término doctrina va progresivamente apareciendo como el equivalente a Evangelio y éste último desaparece lentamente en razón de sus connotaciones protestantes. Paralelamente, el término Revelación se presenta como el

⁵ Mansi, *Amplissima collectio conciliarum*, tomus 49, *Sacrosanti Oecumenici Concilii Vaticani*, col. 840.

⁶ Maurice Simon, *Le catéchisme universel*, Leuven University Press y Uitgeverij Peeters, Leuven, Paris, Sterling, Virginia, 71-72.

⁷ *Ibid.*, 78. Mansi, 50, col. 700-701.

⁸ *Dogma et Évangile*, Castermann, 1967.

equivalente a doctrina y esta Revelación se aprende como la suma de verdades sobrenaturales que la Iglesia enseña.

Son estas verdades sobrenaturales que el catecismo expone las que le dan prácticamente el estatus de libro sagrado que recoge las posiciones de la Iglesia contra el ateísmo y la secularización del mundo moderno... Estos catecismos son el resultado de una teología extrínseca donde la fe se impone por la enseñanza y la sumisión. Esta concepción de catecismo no se inscribe más en la línea del Catecismo de Trento ya que opera una inflexión pedagógica y teológica importante que dominará las miras del Magisterio de la Iglesia y de la mayor parte de los sacerdotes y obispos hasta los años 1950. Esta forma se dará en particular en los catecismos nacionales de comienzos del siglo XX. La orden de Pío X, explicando que la finalidad del catecismo es aprender el texto del catecismo se comprende mejor así, pues esta manera de pensar la teología daba al texto un estatus cuasi sacramental⁹.

De manera inmediata es esta concepción la que viene a nuestras mentes cuando se pronuncia la palabra catecismo, a pesar de los cambios decisivos del Concilio Vaticano II.

LA APORTACIÓN DEL CONCILIO VATICANO II A LA NOCIÓN DE CATECISMO

El último Concilio de la Iglesia Católica no ha producido ninguna constitución ni decreto sobre el catecismo a pesar de los trabajos de varias comisiones que trabajaban en este sentido conforme a los deseos expresados por 143 obispos que querían que el Concilio iniciara la redacción de un nuevo catecismo. Sólo Monseñor Elchinger, de Estrasburgo, pidió explícitamente que el Concilio no escribiera un catecismo¹⁰. El riesgo de ver «la doctrina

⁹ Encíclica «Acerbo Nimis», 1904.

¹⁰ Mgr. Elchinger, carta a Mgr. Tardini, 25 febrero 1961, in «Acta synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II, appendix.

congelada» por un catecismo universal, según la expresión del cardenal Ciriaci, prevaleció al final¹¹. Sin embargo, este aviso era circunstancial y no se quería que fuera definitivo.

Lo que es necesario retener del Concilio Vaticano II sobre el catecismo es la distinción simple, inmediatamente operante, que distingue entre la catequesis por una parte y el catecismo por la otra. La catequesis, es el itinerario que consiste en hacer madurar la fe por la acción de la Iglesia, cuando el catecismo es el texto que expone la doctrina en la cual se apoya el catequista para la educación viva que quiere animar. Es por esto que el Directorio General catequético pedido por la Constitución *Christus Dominus* no es un catecismo, sino una presentación de las orientaciones generales para la práctica catequética que la Iglesia preconiza¹². En el Directorio de 1971, la tercera parte se consagra a la exposición del nudo fundamental de la fe que sirve de referencia a toda catequesis¹³.

Otra orientación tomada por el Concilio Vaticano II fue determinante en la comprensión de las nociones de catequesis y catecismo: el rechazo, por más de 1300 votos, en noviembre de 1962, del esquema preparatorio de «*Dei Verbum*» a menudo nombrado «Esquema I, de las dos fuentes de la Revelación» y la adopción en 1965 de un texto de una factura totalmente diferente. Por este voto, el Concilio rompía con el paradigma teológico que había prevalecido en las universidades romanas y en el Santo Oficio en la primera mitad del siglo XX. Este paradigma se caracterizaba por una aproximación de la Revelación en tres tiempos: «La Iglesia siempre ha creído y cree que la Revelación total no está contenida solamente en la Escritura, sino en la Escritura y la tradición como en una doble fuente». Estos son los dos primeros tiempos. «Pertenece pues al Magisterio de la Iglesia, en tanto que regla próxima y universal de la fe, no solamente juzgar, con la ayuda de lo que la Providencia divina ha establecido, de lo que

¹¹ Maurice Simon, *Un catéchisme universel*, op. cit., pp. 214-232.

¹² CD 14.30.34.

¹³ *Directoire catéchétique général*, traducción francesa y comentario del «*Directorium catechisticum generale*», suplemento de la revista «*Catéchèse*», 45, octubre 1971, pp. 39-67.

concierno directamente e indirectamente la fe y las costumbres, del sentido y la interpretación de la Sagrada Escritura y de los documentos y monumentos que guardan y manifiestan lo que fue la tradición a lo largo de los tiempos, sino también explicar y desarrollar lo que está contenido oscuramente e implícitamente en una y otra fuente»¹⁴. El Magisterio es pues este tercer tiempo que juzga, explica y desarrolla lo que está contenido en la Biblia y en la tradición. Este esquema suponía una definición de la Revelación como suma de verdades a creer que la Iglesia enseña con autoridad. Pero no respondía exactamente a la petición de Juan XXIII que deseaba que el Concilio se pronunciara explícitamente sobre lo que es la Revelación para la Iglesia.

Rechazando este esquema y esta manera de comprender la Revelación, la asamblea conciliar manifestaba, al mismo tiempo, sobre qué esquema reposaban la mayoría de los catecismos desde mediados del s. XIX. Puesto que la Revelación, asimilada sin distancia a la doctrina defendida por la Iglesia, estaba prácticamente identificada a una suma de verdades a creer por deber, así el catecismo era el «resumen» de la Revelación. Es esta concepción de «Dei Verbum» que marca una ruptura decisiva sobre la cual no volvieron, a mi entender, ni el voto emitido por los Padres del sínodo de 1985 de poner en marcha la redacción de un catecismo ni su realización progresiva bajo el impulso del Papa Juan Pablo II. Si omitimos esta ruptura mantendremos un malentendido fundamental.

HACIA UN CATECISMO DEL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II no adoptó un catecismo universal, pero no rehusó, sin embargo, a la idea del catecismo. No es pues de extrañar que la cuestión del catecismo resurgiese en la Iglesia católica. El camino hacia la elaboración del «Catecismo de la Iglesia Católica» se vivió en cuatro momentos.

¹⁴ B.D.Dupuy, O.P., «Historique de la constitution», in Vatican II, La Révélation divine, tome I, coll. Unam Sanctam, 70 a, CERF, pp. 70-71.

El primero se observa en el número 50 de la exhortación apostólica «Catechesi Tradendae» de octubre de 1979. El Papa Juan Pablo II dirige, «un ferviente ánimo a las Conferencias Episcopales del mundo entero para que emprendan, con paciencia pero con una firme resolución, el imponente trabajo de realizar de acuerdo con la Sede Apostólica verdaderos catecismos fieles a los contenidos de la Revelación y puestos al día en lo concerniente al método...»¹⁵. No se trata de un catecismo universal. El Papa se inscribe en la lógica del Concilio Vaticano II en dos puntos principales. Reafirma, por una parte, que el texto normativo para la catequesis es el Directorio General de la Catequesis y, por otra parte, explica en el número 49 la importancia y la riqueza de los útiles catequéticos nuevos publicados desde hace algunos años, «que toman un nuevo relieve. Uno de los aspectos mayores de la renovación de la catequesis»¹⁶, incluso anota que existen aquí y allá manuales deficientes. La distinción hecha en el Concilio Vaticano II entre catequesis y catecismo es totalmente aceptada por Juan Pablo II. Ve bien un itinerario catequético con manuales nuevos destinados a los catequizandos y catecismos que deberán escribir las Conferencias Episcopales. No se trata de volver a un sistema donde el objetivo de la catequesis sea aprender un catecismo.

El segundo momento público hacia la redacción del Catecismo de la Iglesia Católica se sitúa en 1983. Se trata de la conferencia pronunciada por el cardenal Ratzinger en Lyon y luego en París invitado por los cardenales Lustiger y Decourtray. En una fórmula que llegó a ser célebre y que provocó una polémica por un lado y gritos de victoria por la otra, el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe afirmaba que «fue una primera y grave falta el suprimir el catecismo y declarar pasado el género mismo del catecismo»¹⁷. Es, ciertamente, a causa de esta frase por la que esta conferencia fue mal recibida por un gran número de catequetas. Es conocido que los responsables franceses de la catequesis reaccionaron de

¹⁵ JEAN PAUL II, *La catéchèse en notre temps*, Exhortación Apostólica «Catechesi Tradendae», Le Centurion, Paris, 1979, p. 76.

¹⁶ *Ibid.*, p. 74.

¹⁷ Cardenal Ratzinger, *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 15-16 janvier 1983, discurso del Papa y crónica romana, suplemento al n° 421, janvier 1983, p. 10.

manera muy crítica pero oralmente. Sólo, Jean-Pierre Bagot y, sobre todo, Georges Duperray expresaron por escrito su desacuerdo total con esta rehabilitación del catecismo. Esto último se rememora en «Lumière et Vie», una historia reciente de la catequesis en Francia que es presentada en estado de crisis permanente con dos enemigos: los integristas y Roma. Georges Duperray introdujo la conferencia del cardenal Ratzinger con el fondo de la crisis de «Pierre Vivantes» en las relaciones calientes entre el episcopado francés y la Santa Sede. Luego, presenta la conferencia como una descalificación del movimiento catequético y una causa de consternación para todos los responsables franceses de la catequesis. El malentendido continúa. Se encuentra reforzado por la acogida triunfal reservada a la conferencia del lado esta vez de los integristas. Así Pierre Lemaire, en «Famille Vivante», canta victoria para los defensores de la familia cristiana y el catecismo»¹⁸. Pero en realidad, esta opción aparentemente favorable, reposa todavía en un malentendido. Pierre Lemaire no analiza de cerca el texto y se contenta en citar las frases que surgidas de la argumentación general de la conferencia parecen validar sus teorías integristas¹⁹. Se alegra de ver a Joseph Ratzinger denunciar el abandono del catecismo por los obispos franceses, no se para en la definición precisa que el cardenal prefecto da al catecismo. Es así como se produce el malentendido: cuando el defensor de los padres de familia católicos, evoca el catecismo, es a partir de las definiciones que dan Pío X y Pío XI sin hacer la menor referencia al catecismo del Concilio de Trento y a su introducción. Siendo en esto último donde descansa la argumentación del cardenal prefecto. En definitiva el integrista Pierre Lemaire no percibe la noción de catecismo cuando se apoya en aspectos en los que no se apoya el cardenal.

El Sínodo extraordinario de 1985 reunido con ocasión del veinte aniversario del Concilio Vaticano II, es el tercer momento hacia la redacción del

¹⁸ Denise e Yves-Henri se sitúan exactamente en el mismo plan que Pierre Lemaire y también con poco análisis en «La catéchèse des enfants en France, aperçus d'hier à aujourd'hui», «Communio», n° XX:VI, Juillet-août 2001, pp. 73-74.

¹⁹ Familles vivantes, spécial catéchèse, juin 1983, Saint-Cénéry, 48 p.

Catecismo de la Iglesia Católica. En el informe final del Sínodo la petición se formula claramente:

«Que sea redactado un catecismo o compendio de toda la doctrina católica tanto sobre la fe como sobre la moral, que será como un texto de referencia para los catecismos o compendios que se pondrán en los diversos países. La presentación debe ser bíblica y litúrgica, exponiendo una doctrina segura y, al mismo tiempo, adaptada a la vida actual de los cristianos»²⁰.

Sin tardar, a partir del 10 de julio de 1986, una comisión compuesta por obispos y cardenales del mundo entero se comprometió en el trabajo de redacción. Se decidió escribir un gran catecismo a imagen del «Catecismo del Concilio de Trento» y no un manual de preguntas-respuestas. El abandono del término compendio, un término utilizado por el Sínodo, se justificó por la voluntad de escribir un libro leíble y accesible y no una obra de especialistas. Fue necesario pedir a algunos pastores el escribir las cuatro partes del catecismo de la Iglesia Católica. La comisión tuvo la preocupación de que los autores y los relectores provinieran de diferentes países y continentes (Estados Unidos, Argentina, Chile, Inglaterra, Austria, España, Francia, Italia, Líbano). El texto definitivo es en realidad el noveno esquema, terminado tras seis años de trabajo²¹ con las primeras pruebas en latín y las diferentes versiones francesas (ante proyecto, proyecto revisado, texto predefinitivo, etc.). Fueron necesarias 24.000 enmiendas y las reacciones de 1.000 obispos y de 40 consultores después de la versión redactada en 1989. Estos esquemas sucesivos terminaron con el Catecismo de la Iglesia Católica publicado con el motu propio de Juan Pablo II en octubre de 1992 con ocasión de los 30 años de la apertura del Concilio Vaticano II²².

²⁰ Rapport final du Synode extraordinaire, 7 decembre 1985, II ,B, a, n°4. Enchiridion Vaticanum, vol.9, p.1758, n° 1797.

²¹ Pape Jean Paul II, Motu proprio, Fidei depositum, 11 octobre 1992, «Catéchisme de l'Église catholique, Mame/Plon, Paris, 1992, pp. 5-9 ; Maurice Simon, Le catéchisme de Jean-Paul II. Leuven University Press, 2000. Troisième et quatrième part.

²² Catéchisme de l'Église Catholique, Mame/Plon, Paris, 1992, pp. 5-9.

DEFINICIÓN Y PAPEL DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Según las indicaciones de numerosos redactores del Catecismo de la Iglesia Católica²³, la conferencia del cardenal Ratzinger en 1983 es la guía más segura para extraer el proyecto teológico y pastoral del Catecismo de la Iglesia Católica. El prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe evocó la crisis de la catequesis como una crisis de sentido de la fe. Su definición de la fe debe llamarnos la atención: es primeramente y antes que todo, una relación vital con Cristo que da fuerza a la vida; y no una teoría o un concepto. «Se podría decir que solo la relación da a la vida su riqueza: la relación con el otro, la relación con el universo. Por tanto, esta doble relación no es suficiente, pues la vida eterna, es que te conozcan a Ti. La fe, es la vida, porque es relación, es decir conocimiento que llega a ser amor, amor que viene del conocimiento y conduce al conocimiento»²⁴. Pero esta fe-relación llama necesariamente a la voluntad de conocer mejor a Cristo en quienes lo creen y han puesto su confianza. Por consiguiente, subraya el cardenal Ratzinger, es la organicidad de este conocimiento que la gran tradición de la Iglesia nos ha dado, bajo la forma de catecismo.

«Es necesario recordar que desde los primeros tiempos del cristianismo aparecía un «nudo» permanente e irreductible de la catequesis, es decir de la educación a la fe. Es el mismo nudo utilizado por Lutero en su catecismo que es el del Catecismo Romano decidido en Trento. Toda la exposición sobre la fe está organizada alrededor de cuatro elementos fundamentales: el credo, el pater noster, el decálogo y los sacramentos»²⁵.

«Ni empeño por la salvación eterna», ni texto a memorizar; se designa el catecismo, ante todo, como una estructura que es la de la fuente bautismal, fundada

²³ Ejemplo: Mgr. Christoph Schönborn, Introduction au catéchisme de l'Église catholique, op.cit., pp. 33-45.

²⁴ Cardenal Ratzinger, Transmission de la foi et sources de la foi, discurso del Papa y crónica romana, supplément au n. 421, janvier 1983.

²⁵ Joseph Cardenal Ratzinger, Vittorio Messori, Entretien sur la foi, Fayard, Paris, 1985, pp. 83-84.

en la Escritura y desarrollada en el catecumenado de la Iglesia antigua²⁶. De tal manera tradicional, insiste nuestro autor, que incluso se ha impuesto a Lutero en su catecismo. Es notable que por una parte, el Cardenal se refiera únicamente al Catecismo Romano y a su introducción, sin mencionar los catecismos posteriores al Concilio Vaticano I y que, por otra parte, se desmarque explícitamente de una concepción de la fe intelectualista y extrínseca²⁷.

Esta estructura teológica y bautismal será la del Catecismo de la Iglesia Católica: la profesión de fe (símbolo), el espacio vital de la fe (la liturgia y los sacramentos), la caridad (los mandamientos), la esperanza (el Padre Nuestro). Para los autores del Catecismo de la Iglesia Católica, los capítulos no son pues simplemente como una sucesión, sino como un conjunto orgánico donde todas las partes se articulan para formar un todo. Si el Catecismo de la Iglesia Católica es percibido como un díptico, tenemos entonces, en primer lugar, el misterio de la fe en Dios en la profesión de la fe y los siete sacramentos y, en segundo lugar, la vida cristiana en la existencia y la oración filial. Otro ejemplo de articulación: sin vida sacramental e iniciación al misterio de la Iglesia por vía litúrgica, los mandamientos podrían parecer fuera del alcance, más allá de las fuerzas del creyente.

Si el Catecismo de la Iglesia Católica se define como una presentación orgánica de la fe, debe ser bien comprendido como expresión del depósito de la fe, acto de Tradición y de unidad en la fe de la Iglesia. El propósito es respetado por el papa Juan Pablo II, el cardenal Ratzinger y los redactores del Catecismo de la Iglesia Católica. Es un acto de unidad en el tiempo de Iglesia y en el espacio actual de su vida. El Catecismo de la Iglesia Católica no inventa nada dicen el cardenal Ratzinger y Mgr. Scënborn, coordinador de la redacción del Catecismo de la Iglesia Católica. No pretende tomar posición en el debate de escuela entre las opciones teológicas particulares. No resuelve querellas teológicas antiguas o de actualidad²⁸. Presupone la

²⁶ Introduction au catéchisme..., op. cit., p. 25.

²⁷ Es lo que quiero demostrar aquí. Ver mi tesis doctoral: 1957, l'affaire du catéchisme progressif, Institut Catholique de Paris, octubre 2008, cap. 6.

²⁸ Joseph Ratzinger, Introduction au catéchisme de l'Église catholique, op. cit., p. 31.

unidad de la creación y de la redención, del ser y de la Revelación, de la fe y de la razón. Por esto, el catecismo prefiere citar los santos a los teólogos.

Pero una sospecha está presente en los textos de los teólogos que se expresan en la revista «Concilium». ¿El Catecismo de la Iglesia Católica no tiene el riesgo de ser comprendido como el texto de un «super-concilio», de una «super-síntesis» de la fe que se tendría que repetir? ¿El Catecismo de la Iglesia Católica no es como un superdogma que tendría una autoridad superior al Concilio Vaticano II y a la Tradición?, preguntan los autores. La libertad del teólogo está intacta explica el Cardenal Ratzinger para defenderse de sus acusaciones. Es la coherencia de conjunto la que hace del Catecismo de la Iglesia Católica una obra que tiene autoridad porque refleja fielmente la autoridad de la Iglesia sin ser innovadora sobre un punto particular²⁹. Sólo la expresión puede ser innovadora para ayudar a una mejor comprensión. El depósito de la fe no es el fruto de una reflexión actual sino la acogida de lo que nos ha sido confiado³⁰. Sin embargo, es un acto del Magisterio del Papa revestido de la autoridad apostólica³¹.

La publicación del Catecismo de la Iglesia Católica es también para el Magisterio un desafío pastoral con vistas a la unidad de la Iglesia. En un mundo dividido, en una Iglesia donde la diversidad de movimientos y tendencias toman a menudo el paso sobre la afirmación de la cohesión de la Iglesia, «el catecismo tiene por deber consolidar esta unidad que no presenta para nada los trazos insípidos de la uniformidad, sino que fluye hacia la Iglesia salida de la unidad viva de Dios en tres personas³². El Catecismo de la Iglesia Católica se presenta como fermento de unidad y viático contra el riesgo de fragmentación de la fe de la Iglesia Católica, como «un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial»³³.

²⁹ Ibid.

³⁰ Monseñor Christoph Schönborn, citando a Newman, op. cit., p. 53.

³¹ JEAN PAUL II, *Fidei depositum, motu proprio*, 11 de octubre de 1992.

³² Monseñor Christoph Schönborn, *Introduction au catéchisme de l'Église catholique*, op. cit., p. 34.

³³ JEAN-PAUL II, *Fidei depositum, motu proprio*, 11 de octubre de 1992.

DESTINATARIOS Y PERENNIDAD DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La cuestión de los destinatarios del Catecismo de la Iglesia Católica ha quedado durante mucho tiempo abierta. Primeramente, presentado como un catecismo del Concilio Vaticano II destinado a los obispos, el texto ha sido finalmente propuesto a todos los hombres de buena voluntad en una apertura lo más amplia posible.

«Pido a los pastores de la Iglesia y a los fieles que reciban este catecismo en espíritu de comunión y lo utilicen asiduamente en cumplimiento de su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica. Este catecismo se les ha dado a fin de servir como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y particularmente para la composición de catecismos locales. Se ofrece a todos los fieles que deseen conocer mejor las riquezas inexpugnables de la salvación (Jn 8,32). Quiere aportar un sostén a los esfuerzos ecuménicos animados por el santo deseo de la unidad de todos los cristianos, mostrando con exactitud el contenido y la coherencia armoniosa de la fe católica. El catecismo de la Iglesia Católica es, en fin, ofrecido a todos los hombres que nos piden razón de la esperanza que está en nosotros (cf 1 Pe 3,15) y que quieren conocer lo que cree la Iglesia católica»³⁴.

El Padre Knockaert en un artículo de la revista «Lumen Vitae», presentaba el catecismo como un acto de Tradición viviente. A su vez, el catecismo tomando el esquema del Catecismo Romano, toma en consideración las nuevas cuestiones abordadas por el Concilio Vaticano II sobre la Biblia, y la relación con la sociedad. Para este profesor jesuita que recibe positivamente el Catecismo de la Iglesia Católica, parece evidente que el texto no puede tener una pretensión de perennidad. Se apoya para decir esto en la propuesta de Monseñor Honoré co-redactor de la parte moral del Catecismo.

³⁴ Ibid.

«La teología y la catequesis católica integran la Tradición, pero esta Tradición es viviente e incluso cambiante. Si Mgr. Honoré ha dicho ‘pienso que el Catecismo será revisado en veinte o treinta años’, su pronóstico está en el orden de cosas en una cultura de cambios galopantes que impulsa a la Iglesia a volver a decir su fe»³⁵.

HACIA UNA RECEPCIÓN SERENA DEL CATECISMO

En ninguna parte del Catecismo, como lo hemos visto, existe la idea de que este texto remplazaría los documentos nacionales o los manuales catequísticos parroquiales. No hay ambigüedad sobre este punto. Sólo los integristas quieren hacernos creer lo contrario. Esto es incómodo para nosotros porque tenemos la impresión de que los teólogos de la catequesis parecen discutir una posición que sólo los integristas tienen. Este debate sobre la inculturación sería justo si el catecismo estuviera destinado a reemplazar los catecismos nacionales y los manuales parroquiales. Pero no estamos ya en la problemática del Concilio Vaticano I.

Podemos tener propósitos análogos por el temor de un modelo análogo de catecismo de saberes a aprender y repetir. El paradigma teológico en el cual se sitúa el Sínodo de 1985 y el Catecismo de la Iglesia Católica no es el de una concepción de la fe como un saber sobrenatural que la Iglesia enseña y se impone por la sumisión. Nuestra fe no es una teoría, dijo todavía en diciembre de 1992 el Cardenal Ratzinger cuando presentó el Catecismo, sino un acontecimiento, un encuentro con el Dios vivo que es nuestro Padre y que en su hijo Jesucristo ha acogido la naturaleza humana... Llega a ser claro que la catequesis no es la simple comunicación de una teoría, sino que es poner en movimiento un proceso vital. La ruptura es clara: El Catecismo no puede ser confundido con un catecismo de tipo extrínseco.

³⁵ A. Knockaert, *Le catéchisme de l'Église catholique*, Lumen Vitae, 1993/2, p. 136.

Pienso que es necesario tomarse en serio la palabra tan a menudo retomada por el Cardenal Ratzinger en su conferencia de 1983, exponiendo que el género Catecismo es ante todo una estructura de referencia en la inteligencia de la fe, la del catecumenado bautismal. Esta organicidad debe ser la referencia de la práctica catequética que no tiene porque repetir el texto del catecismo, ni pararse en su lenguaje, ni quedarse en sus cuatro partes. En el plano del «*intellectus fidei*» estamos en un pensamiento teológico coherente con las dos direcciones catequéticas. En el Directorio General de la Catequesis de 1997, se retoma la referencia de todo modelo catequético a la estructura catequética del catecumenado. La teología de la fe en el catecismo y el pensamiento catequético van en el mismo sentido.

Esto nos permite notar que el Directorio General para la Catequesis y los directorios de las conferencias episcopales son lugares de recepción esenciales del catecismo. El Directorio General para la Catequesis de 1997 en su segunda parte da el «*la*» de la recepción del catecismo por los directorios nacionales. Retoma la distinción propuesta por el Concilio Vaticano II.

El Catecismo de la Iglesia Católica y el Directorio General para la Catequesis son dos instrumentos distintos y complementarios al servicio de la acción catequética de la Iglesia.

El Catecismo de la Iglesia Católica es «una exposición de la fe y de la doctrina católica, atestiguada o esclarecida por la Sagrada Escritura, la Tradición Apostólica y el Magisterio eclesial».

El Directorio General para la Catequesis es la propuesta de los principios fundamentales teológico-pastorales [...] que tienen como misión orientar y coordinar de manera más adecuada la actividad catequética de la Iglesia.

Estos dos instrumentos, cada uno según su género y autoridad, se complementan.

Sobre la base de esta distinción y complementariedad, las conferencias episcopales quieren integrar la referencia al Catecismo de la Iglesia Cató-

lica en sus textos de orientación. Veo en la integración del catecismo un signo de paso a una serenidad ganada que nos deja ahora el campo abierto para la profundización de cuestiones desprendidas de algunas polémicas que nos permite hacer, como escribía André Fossion en un artículo en la revista «Lumen Vitae», «un buen uso del Catecismo».

EPILOGO

Fin de la modernidad obligada, no tengamos la ingenuidad de creer que con el catecismo se resuelven los problemas catequéticos ni de que se impiden la reflexión y los avances en el plano de la práctica. Sin embargo, nos lleva a repensar dos cuestiones fundamentales para la acción catequética. Primeramente, la relación concreta, entre contenidos de la fe y la acción vital de creer. ¿Qué función tiene en la catequesis esta estructura bautismal fundamental? ¿El Símbolo tiene su lugar al principio, en medio o al final de la iniciación cristiana? ¿El Padrenuestro debe ser dado al principio del proceso catequético, como a menudo hoy, o al final como es el caso de la antigüedad? Podríamos poner las mismas cuestiones para los mandamientos o los sacramentos. Segundo, ¿cuál es la relación entre el catecismo y el lenguaje del anuncio de la fe en una cultura concreta? ¿El desafío se sitúa al lado del catecismo en lo concreto de una cultura o sobre la vertiente de la interpretación inculturada de la fe?

El catecismo puede contribuir a comprender la acción catequética como un momento de la Tradición viva de la Iglesia. En este caso, la estructura bautismal sería comprender, a la vez, como el lugar vital donde se vive la experiencia de la fe y el lugar hermenéutico donde se vive la inteligencia de esta fe.

